



RELATO DE "CAZA"

panorámica

NO resulta fácil explicar lo que es un «ligón», y aunque es indudable que especies semejantes existen en todas las latitudes y abundan especialmente en nuestro suelo, quizá lo mejor fuera renunciar a dar una definición exacta. De todas formas, teniendo en cuenta que el verdadero ligón se halla geográficamente localizado en las Islas Baleares, concretamente en Mallorca, y que su ocupación favorita es la caza de extranjeras, particularmente de escandinavas, puede ser descrito de manera provisional como «cazador de escandinavas que habita en las Baleares».

A semejanza de otros mamíferos, el «ligón» duerme profundamente el largo sueño invernal. Apenas comienzan los primeros fríos, se opera su metamorfosis, revistiendo entonces aspectos variados: empleado de banca, perito industrial, secretario de juzgado, etc. Esta es la fase que se conoce por «ligón hibernado» y, durante ella, sus funciones vitales se reducen al mínimo y su actividad es prácticamente inexistente. Sin embargo, al llegar la primavera, el «ligón» se reanima visiblemente, coincidiendo su total recuperación con la arribada de las primeras expediciones de escandinavas.

No se ha podido demostrar, pero hay quien afirma que gran parte de la propaganda turística de las Islas Baleares está subvencionada por «ligones» económicamente poderosos. Efectivamente, para

atraer a la escandinava, de carácter naturalmente receloso, se hace necesario desplegar todo un amplio abanico de señuelos: sol, mar, toros, flamenco... todos los atractivos que resultan de la emocionante combinación «tres partes de Mediterráneo y dos partes de *typical Spanish*». Los métodos empleados, preciso es reconocerlo, son eficaces, pues, a medida que el calor aumenta, la escandinava llega en oleadas crecientes para anidar en las islas del archipiélago balear durante sus quince días de vacaciones oficiales.

Naturalmente, no llega sola. Al mismo tiempo aparecen también la alemana, la inglesa y la popular francesa, por no mencionar a la americana que, en realidad, no es ave de temporada, sino de todo tiempo. Pero el «ligón» de pura raza ataca siempre a la nórdica, y si cobra otras piezas, es siempre accidentalmente o como simple ejercicio para conservar la forma.

Una vez que se ha sacudido de encima el sopor invernal, el «ligón» comienza a desenvolver sus tácticas cinegéticas en toda clase de cazaderos: playas, salas de fiestas, cafés, calles comerciales... Los hay especializados y los hay plurivalentes y, desde este punto de vista, ha sido posible introducir un poco de rigor científico en su enumeración mediante clasificaciones adecuadas. Así, por ejemplo, el «ligón playero» se caracteriza por su aceptable estampa en traje de baño, que presupone una piel tostada y cierto desarrollo muscular. Según sus sistemas de merodeo, se subdivide a su vez en «playe-

ro-ceñudo» (que contempla con expresión concentrada a la escandinava yacente), «playero-futbolista» (que establece el primer contacto disculpándose por un pelotazo certero), «intelectual» (siempre preocupado por informarse de las lecturas de la sueca de turno), «cronológico» (cuya fórmula de introducción es *«do you know what time is it?»*), «enatorio-docente», «de la toallita», etc. Y en cualquiera de las otras especies de «ligones» se encuentra la misma variedad: el «ligón danzarín» se clasifica en «hieráticos», «convulsivos», «adherentes», etc., el «ligón enteradillo» en «catedralicio», «taurómico», «cavernícola»... y así sucesivamente.

El idioma oficial de la profesión es el inglés, hábilmente complementado con las expresiones suecas «*skål*» (de ritual en los brindis) y «*ack sa mycket*» (muchas gracias). Los requisitos para el ingreso son pocos, aunque hay circunstancias que puntúan favorablemente, como tener la color morena o poseer rudimentos de canto jondo. En cuanto a medios de fortuna, la tolerancia es grande: si bien el «ligón» de lujo, pavo real de la especie, se distingue por su coche descapotable, el verdadero corcel de este caballero o anticaballero moderno es la moto, su inseparable compañera.

Por último, el enemigo ancestral del «ligón», su rival eterno, es el camarero, a quien desprecia y teme a la par. El camarero expulsa al «ligón» de escasos recursos de los bailes donde entra y permanece errático sin consumir y, sobre todo,

el camarero, cazador furtivo, le arrebató los mejores ejemplares, atacando a la escandinava en un lugar inaccesible en principio para el «ligón»: su propio hotel.

el cazador

Rafael era un «ligón» de alzada mediana y pelo corto. Moreno, de inglés imperfecto pero fluido, poseía una cualidad inestimable, origen y causa primera de grandes triunfos: sabía tocar la guitarra. Cuando cantaba «Granada» o el «Buena sera, signorina» (el «ligón» no tiene escrúpulos en robar sus herramientas a sus hermanos de raza napolitanos), hasta la más impávida ciudadana de Gotemburgo encontraba difícil no dejar en libertad su romanticismo, mucho tiempo congelado.

En sus métodos era ecléctico y en sus actuaciones rápido y efectivo. Ahora bien, para decirlo todo, es necesario aludir también a dos taras congénitas: el sentido del ridículo y un cierto sentimentalismo. Para ser un buen «ligón», Rafael hubiera necesitado esa espléndida inconsciencia en las situaciones desairadas y ese peculiar embotamiento de sensibilidad que son patrimonio del «ligón» adulto.

Así y todo, su hoja de servicios presentaba un balance de ocho suecas, tres danesas y una alemana, lo cual, en un «ligón» con sólo dos veranos en la profesión, no puede llamarse una mala carrera. Patinazos había dado muchos, pero ello, como es sabido, no encierra desdoro alguno, ya que la psicología de la nórdica es compleja y desconcertante.

el ojo

Una noche de agosto, a eso de las diez, Rafael se encontraba en la terraza de verano de un lujoso hotel de Palma de Mallorca, mientras la orquesta tocaba suavemente. Situado en una mesa próxima a la entrada, su posición era un excelente observatorio para localizar rápidamente a las presas posibles. Las otras mesas estaban aún vacías, con excepción de la ocupada por un par de danesas, ya capturadas por madrugadores, y de la infestada por dos «ligones» de los que trabajan en colaboración. Otra pareja de «ligones», de tipo ambulatorio, vagaba con aire ausente, disfrutando con toda probabilidad de algún armisticio con los camareros, pues a aquella hora temprana resultaba imposible disimular la no-consumición.

La tranquilidad se vio pronto perturbada por la irrupción de cuatro suecas: dos de ellas aceptables, una superior, y la otra totalmente imponente. Luego llegaron dos suecas más, con acompañante nórdico y, casi en seguida, un grupo nutrido de inglesas desnutridas, con tres «ligones» galopando a sus flancos. Poco a poco, la pista de baile se fue animando, y las mesas se llenaron como las casillas de un crucigrama.

Rafael, que se mantenía al acecho, experimentó de repente el sobresalto del explorador que, oculto en la copa de un árbol de Ruanda-Urundi, ve surgir de la noche al león que se acerca al río para beber. Dos suecas altas, de la variedad cabellos de lino, acababan de aparecer en la entrada. Tras una atenta mirada valorativa, Rafael se decidió por la de azul y, después de concederles catorce segundos exactos para vencer su indecisión, sentarse a una mesa y pedir sendas coca-colas, se puso en pie y fue hacia ellas, abro-

chándose la chaqueta. La rapidez de sus movimientos sorprendió a otro «ligón» que ya iniciaba la marcha, y consiguió llegar a la mesa con tres cuerpos de ventaja, lo que le permitió abordar a la rubia preseleccionada. La experiencia le había enseñado que un segundo puede ser decisivo.

Con voz amable y frase inglesa de concepción, Rafael dijo:

—¿Quiere usted bailar?

La chica le miró con una sonrisa y contestó que sí con la cabeza. Luego se abrió paso hacia la pista de baile, con Rafael tras sus huellas.

La orquesta tocaba una vieja canción: «A woman in love». Rafael rodeó la cintura de la sueca con delicadeza, sin pretender lo que en el argot del oficio se llama «alpargatarse», y comenzaron a bailar. La chica lo hacía muy bien y él, aunque de evoluciones limitadas, no bailaba mal. Durante unos minutos, dueño de la situación, Rafael no abrió la boca, pero al fin rompió la tensión:

—Usted no es española, ¿verdad?

Ella se separó un poco y le miró con ojos azules.

—No. Soy sueca.

—¡Ah, sueca!

La voz de Rafael sonaba como si fuera la primera sueca que hubiera visto en su vida.

—¿Le gusta Palma? —continuó.

—Sí, es encantador.

Ella hablaba inglés con un agradable acento de cadencias insospechadas.

—Debe ser muy distinto de Suecia, ¿verdad?

Rafael continuaba desarrollando las jugadas de apertura.

—¡Oh, sí! Completamente distinto. Palma es magnífica. El sol, la playa..., me paso casi todo el día en la playa, ¿sabe?

Rafael la miró con atención. La chica era preciosa: unos ojos quizá un poco separados en un rostro por lo demás perfecto. El sol había hecho estragos en su piel, sin conseguir destruir su maravillosa calidad.

—¿Hace mucho tiempo que está aquí? —Sólo tres días.

Rafael hizo una rápida sustracción: tres días...; ello suponía probablemente doce días más...; estupendo. No hay nada más desagradable que la enervante conquista contra reloj, en la que resulta necesario quemar las etapas, a veces en el espacio de una sola noche.

Estuvieron bailando durante algún tiempo sin hablar y luego, al terminar una pieza, ella quiso sentarse. Rafael la condujo hasta su mesa, dándole las gracias con una sonrisa simpática, y volvió a su primitivo puesto de observación, donde acabó de beber su limonada (café, coca-cola, limonada: consumiciones de precio mínimo).

La sueca no duró mucho sentada. Varios «ligones» se abatieron sobre ella, y el más ágil consiguió remolcarla hasta la pista, pero Rafael no se preocupó demasiado. Parecía de poca categoría, y él siempre había tenido el convencimiento de que la sueca de clase sabe distinguir.

Durante un cuarto de hora se dedicó tranquilamente a estudiar las evoluciones de los otros «ligones». Rafael, «ligón» solitario, no era partidario del trabajo en equipo, aunque reconocía la utilidad de la cooperación en algunas ocasiones, y su sentido crítico, por otra parte, estaba lo suficientemente desarrollado como para permitirle apreciar lo ridículo de la actuación de sus congéneres.

Entre tanto la chica, que había conseguido liberarse, se sentó de nuevo y encendió un cigarrillo. Varios «ligones» se aproximaron (el «ligón» es implacable y no concede reposo a sus víctimas),

pero ella los rechazó a todos. Su compañera, que había sido acosada por otra jauría, se encontraba en la pista, sufriendo los embates de un «ligón» del tipo «bajito-tentacular», de manera que permaneció sola, disfrutando del respiro momentáneo. Rafael dejó transcurrir un minuto prudencial y luego se acercó a su vez.

—No, gracias; ahora, no. Cuando haya terminado el cigarrillo.

La negativa se había producido antes de que hubiera podido empezar a hablar, pero Rafael estaba preparado.

—¿Le importa que me siente?

Su amiga no había vuelto aún y ella no supo negarse.

—No, no, desde luego.

Rafael se sentó, recogiendo cuidadosamente las perneras del pantalón. Luego, dijo:

—¿Había estado aquí antes?

—¿Quiere decir aquí, en el hotel? No, es la primera vez.

—Es un sitio precioso, ¿verdad?

—Sí, precioso.

Los dos contemplaron la pista de baile, las parejas y la orquesta, que se recortaba contra un fondo luminoso, como si estuviera formada por figuritas de papel negro. A lo lejos, invisible, pero presentido, estaba el mar.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Rafael.

—Birgitta.

—Birgitta. Mi nombre es Rafael.

—Ra-fa-el —dijo ella y se rió.

—Le gusta mucho la playa, ¿eh?

—Sí, mucho; me encanta nadar.

—El inconveniente de Palma es que las playas buenas están lejos. ¿A qué playa va usted?

—A Palma Nova.

Rafael garrapató mentalmente una nota.

—Yo también voy a menudo allí. ¿Va a ir usted mañana?

—Sí..., creo que sí.

—A lo mejor nos vemos.

Hubo un silencio.

—¿Quiere usted bailar ahora?

—Sí, muchas gracias.

Bailaron. Rafael acortó distancias y sintió el cuerpo espléndido de Birgitta que se adaptaba al de él. Una mejilla fresca se apoyó contra la suya y su nariz se hundió en una cabellera que olía a mar Báltico.

Cuando la orquesta inició ritmos trepidantes, los dos, de común acuerdo, dejaron de bailar, y durante el camino hacia las mesas sus manos se mantuvieron unidas, con conciencia de ello. Rafael dio las gracias una vez más y volvió a su mesa. Un poco más tarde, cuando Birgitta y su amiga abandonaron la terraza del hotel, se incorporó a medias y les envió una sonrisa teledirigida. Birgitta correspondió con un gesto lleno de gracia.

Rafael se quedó todavía media hora más, con la conciencia llena de satisfacción por haber comenzado bien un trabajo interesante. Luego se encaminó a su pensión, a lomos de su moto.

la captura

Al día siguiente llegó a Palma Nova a las doce de la mañana y dejó la moto a la sombra de un árbol pequeño, donde no había que pagar por el aparcamiento. Cogió la toalla y se dirigió hacia la arena, hinchando un poco el pecho. Allí se quitó la camisa y el pantalón, emergiendo en traje de baño.

La playa estaba llena de extranjeras varadas, de piel blanca, salmón o caoba, en función de la prudencia de sus propietarias y del tiempo de permanencia en la isla. Rafael, a pesar de llevar un objetivo prefijado, dio un vuelo de reconocimiento, por cuestión de principios, y su mirada recorrió velozmente los cuerpos tendidos, como la sombra de un avión las colinas.

Otros «ligones» pululaban por allí, practicando todos los métodos de aproximación consagrados e inventando sobre la marcha otros nuevos, que eran inmediatamente sometidos a ensayo. Los «ligones» que ya habían cobrado alguna pieza se exhibían a su lado, con una media sonrisa de suficiencia.

Rafael localizó pronto a Birgitta en medio de un grupo de suecas que, adoptando la táctica de los pioneros del Oeste americano, habían formado un círculo para defenderse de los ataques. Con la seguridad en sí mismo que le proporcionaba su vieja amistad, Rafael saltó por encima de uno de los carroñeros humanos para caer al lado de su Birgitta, que llevaba un bikini azul impresionante.

—Buenos días.

—Buenos días —dijo ella, que, con gran satisfacción de Rafael, le reconoció en el acto.

Los dos sonrieron.

—Magnífico día, ¿eh?

—Sí, magnífico.

—¿Cómo está el agua?

—No sé. No me he bañado todavía.

—¿Viene a bañarse?

—Sí. Espere —Birgitta sacó un gorro de baño color celeste de su bolsa de playa y forcejeó un poco para introducir la cabeza en él. Luego se puso en pie.

La mirada de Rafael cayó por su cuerpo rebotando. Verdaderamente la chica valía la pena. Parecía formada por una estructura de aluminio recubierta de carne blanca y tenía la esbeltez de líneas de una piragua.

Ella le cogió de la mano con naturalidad y tiró de él hasta la orilla. Entonces le soltó para hundirse en la agradable frialdad del agua. Un segundo después reapareció en la superficie y, sin esperarle, se puso a nadar.

Rafael la siguió.

Aquella noche bailaron en la terraza de otro hotel y, en plena pista, Rafael la besó por primera vez. Luego fueron a tomar una copa y, finalmente, representaron una emotiva escena de despedida en la puerta del hotel de Birgitta. Al día siguiente, playa, paseo en coche de caballos y recorrido por las tascas típicas. A la noche, un poco bebidos los dos, ella accedió a ir al cuarto de su pensión para tomar la última copa.

En los días sucesivos, más playa, más baile y más pensión.

En resumen, la caza se realizó según esquemas antológicos, y Rafael tenía motivos para sentirse realmente satisfecho. Ni un paso en falso, ni un movimiento de extrañeza, ni una discusión. Sin embargo...

Había algo que no acababa de ir bien, algo que Rafael no conseguía entender. Ella le había dicho que le quería, pero, por primera vez en su vida, Rafael tenía la sensación clara de que ella lo había dicho como lo decía él: por la forma, porque había que rodear el chasis de sus relaciones con la carrocería de un poco de pasión. Lo cierto era que el dominio de sí misma de Birgitta en los momentos más increíbles y una especie de reserva mental que la acompañaba siempre, le daban un perfume de inhumanidad que a Rafael no le gustaba en absoluto. Era algo que no podía apreciar cuando estaba con ella, pero que notaba luego, como ocurre con esas películas que entretienen mientras duran, pero que dejan a la salida del cine mal sabor de boca. Rafael empezó a olvidarse de sus técnicas y, poco a poco, se fue enamorando como un chiquillo.

En cuanto a ella..., sería difícil saber lo que pasaba dentro de aquella linda cabeza nórdica.

después de la caza

Birgitta se marchó un domingo, dándole a Rafael en el aeropuerto un cálido beso con sabor a despedida. Rafael, aquella misma noche, quiso reanudar sus actividades de «ligón», pero se dio cuenta al poco rato de que sus pensamientos estaban en otra parte, y se volvió a la pensión, muy melancólico. Allí, en el cuarto lleno de recuerdos todavía, escribió una larga carta de amor, ligeramente cursi.

Cuatro días después llegó una fría postal de Birgitta desde Estocolmo, y Rafael, que le había escrito diariamente desde que se marchó, continuó haciéndolo una semana entera. Birgitta no contestó jamás y él, por algún tiempo, se sintió desgraciadísimo, pero poco a poco se le fue pasando.

Desde entonces, cuando habla de las escandinavas, Rafael dice siempre que son unas mujeres muy raras.

